

bia de rescatar aquella misma noche su República en Dios y en su conciencia; ó perecer en la demanda. Así amontonó los coches de alquiler que encontró al paso; valió los ómnibus que atraviesan en todas direcciones; aglomeró los escombros de las casas en construccion; é hizo alguna que otra barricada en medio de los cánticos y de los vivas de sus diez y seis jóvenes y de otras cuarenta ó cincuenta personas, que de espectadores habian pasado á actores en aquel singularísimo drama. Armas, armas, pedian á grito herido, con febril entusiasmo, con ánimo resuelto á sacrificarse, aquellos revolucionarios de la fantasía, perdidos en la soledad. Y para procurarles armas Flourens no tuvo otro recurso que entrarse en el teatro del barrio; atravesar su tablado y sus bastidores; penetrar en el vestuario, y aprovecharse del puñal de Margarita de Borgoña, de la copa de Lucrecia Borgia, de los lanzones del Cid, de las espadas de hojalata, de las vainas doradas, siendo todo aquello más real y más positivo y más verdadero que su soñada revolucion. Al salir de aquel arsenal de sus esperanzas, donde por fin encontrara algunos fusiles de chispa admirablemente manejados en otros dias por los comparsas, vió que hasta sus compañeros más decididos le habian abandonado. Él sólo quedaba allí, acompañado de un amigo, único á quien comunicara su locura, y que aun tenia asido del cuello, al tro-

feo de aquella lucha, al comisario de policía.

Mas Flourens no se desengañaba. Echado atrás el sombrero, su gaban al brazo, la pistola en una mano, la espada en la otra, caldeado por el fuego interior de su pensamiento, exaltadísimo por las contrariedades, iba de un lado á otro, de una á otra calle, á trabajar en las barricadas, á sostener á los combatientes, que ya no llegaban á una docena; y todos de nuevo reunidos, pues los primeros, al ver tan cerca el peligro y tan lejos la victoria, se habian con mejor acuerdo alejado y escondido. Lo que habia de suceder sucedió. Unos cuantos agentes de orden público, sable en mano, acometieron las barricadas de frente; y otros cuantos guardias de París á caballo las flanquearon con toda facilidad. Los jóvenes fanáticos echaron á correr dejando á dos heridos mortalmente en medio de la calle. Flourens, apoyado contra una puerta, permanecia allí como estático ante su obra, cual si aguardara nuevos refuerzos, cuando la espada de un agente se cruzó con su espada, y le obligó á retirarse y á huir. La luz del nuevo dia, es decir, del ocho de Febrero de mil ochocientos setenta, calmó los ánimos, pero á las sombras de la nueva noche algunos almacenes de armas fueron saqueados en el centro de París y algunas barricadas se levantaron y desaparecieron como anuncios de más temibles y más pavorosas erupciones.

...

CAPITULO XXIV.

AMENAZAS DE GUERRA.

Cuando Napoleon tocaba los resultados que traia consigo la libertad, volvíase con resolución á contemplar amorosamente como su único puerto, como su único refugio la guerra. Así por aquellos dias todos la veíamos venir, todos la oíamos resonar en los aires. El César no habia buscado la libertad por la libertad misma, la habia buscado por su dinastía. La libertad la destronaba; pues no tenia remedio, iba á la guerra. Así en aquellos dias, en aquel mes de Febrero de 1870, escribia yo las siguientes páginas, que reproduzco, teniendo ya ante los ojos la imagen siniestra de la guerra, para mí de todo punto inevitable:

«Antes de que la guerra hable, conviene á la democracia europea subir hasta sus causas para preservarse en lo porvenir de iguales calamidades. ¿Por ventura es la guerra que relampaguea una guerra de razas? Los sustentadores de la política francesa y de la política prusiana pretenden que esta guerra contemporánea es la renovacion de la antigua entre la raza germánica y la raza latina; en-

tre el elemento individualista y el elemento socialista de la historia; entre la libertad anárquica, feudal del Norte y la igualdad plebeya, cesarista del Mediodía; entre la autoridad religiosa del catolicismo y la conciencia emancipada de los protestantes; entre la raza del derecho personal, de la reforma religiosa, de la Constitucion sajona, de la República americana y la raza del imperio del Pontificado, de la monarquía universal; ideas contradictorias que no pueden vivir sino en lucha, y no pueden luchar sino para que una de ellas rija en definitiva el sistema entero de la sociedad moderna y sea como el sol de la futura mecánica en que habrán de engarzarse los pueblos.

¿Una guerra de razas? Se concibe semejante catástrofe en tiempos de ignorancia, cuando el ideal humano todavía no brillaba en el espíritu. Se concibe que César, que Varo, que Germánico buscaran los pueblos bárbaros de las orillas del Rhin y del Danubio para disciplinarlos con la espada y el derecho romano, encerrándolos en el hogar único de la civili-

zacion, en el Imperio de la Ciudad Eterna. Se concibe que Genserico, Alarico, Atila, engendrados en carros de guerra, nacidos entre el estridor de los combates, sintieran resonar en sus oídos y en su conciencia una voz misteriosa que les arrastraba con fuerza incontrastable á destruir aquella Roma, que habia cazado á sus padres en las selvas y los habia hecho caer exánimes para divertir el hastío, engendrado por la riqueza y el poder, sobre la arena del Circo.

Pero ¿quién vería hoy en Napoleon III un descendiente de César, ni en Bismark un descendiente de Arminio? Una ciencia más alta, más humana que la antigua ciencia histórica ha venido á mostrar que latinos y germanos eran de la misma raza, que sus idiomas se vaciaban en las mismas matrices, que sus dioses nacían en los mismos altares, que sangre igual circulaba por sus venas, y un mismo espíritu, el espíritu de la raza indoeuropea, modificado por condiciones accidentales de clima y de cultura histórica, latía en aquellas conciencias enemigas. Los germanos y los latinos, despues de haber tanto combatido, supieron de labios de la ciencia que eran hermanos, sí, hermanos como Cain y Abel, hermanos como Eteocles y Polinice, hermanos como Rómulo y Remo, hermanos criminales, que aun podían reparar su fratricidio con la idea altísima del derecho moderno.

No hay, no puede haber esa enemistad fisiológica entre las razas, ni mucho ménos entre razas que son de un mismo origen. Ménos hay, ménos puede haber antagonismo irreconciliable entre las ideas fundamentales humanas. Los elementos que cada una de esas razas representa en la historia son esenciales á la vida. La libertad y la igualdad, el individuo y la sociedad, la conciencia personal y la conciencia humana, la autoridad y el derecho, lejos de excluirse, de contrariarse, son elementos necesarios á nuestra existencia. La igualdad y la libertad no pueden separarse en la sociedad sin producir su ruina,

como en la atmósfera no podrían separarse el oxígeno y el ácido carbónico sin producir la muerte universal. El trabajo de la raza germánica y el trabajo de la raza latina se reconcilian en el seno de la sociedad y se necesitan mutuamente, y como se necesitan, se completan.

Así como tenemos en nuestro cuerpo átomos de todo el Universo, tenemos en nuestra conciencia idea de todas las razas. La reforma pudo ser maldecida y odiada por nuestros padres; pero de ella fechamos todos hoy el comienzo de la emancipación intelectual. La revolución francesa pudo aterrorizar á los cortesanos de Prusia y á los cortesanos de Austria; pero la noche del cuatro de Agosto de 1789, será bendecida en todas las lenguas y por todos los siglos; y amigos y enemigos de entonces, fecharemos de allí el comienzo de nuestra emancipación política. Sobre todas esas contradicciones, sobre todos esos antagonismos, se eleva la conciencia de Europa, que lleva en sí la idea del derecho universal.

Esta guerra sangrienta, que puede ser tan pavorosa como el choque de dos planetas en el espacio, proviene de errores, de debilidades comunes á dos democracias, á la democracia francesa y á la democracia alemana de 1848. Yo no quiero condenarlas, yo sólo quiero reconvenirlas. Sus ideas son nuestras ideas, sus intereses nuestros intereses; en sus libros hemos aprendido lo que sabemos de derecho moderno, en sus ejemplos hemos templado nuestras almas; y sus días de luto pesan sobre los republicanos españoles como el recuerdo de nuestras propias desventuras.

Pero una y otra democracia fueron allá en las crisis de 1848 asaz gubernamentales. La democracia francesa debió distribuir la autoridad por toda la nación y no vincularla en una Asamblea y un presidente condenados á luchar y á destruir en sus luchas la República; debió separar la Iglesia y el Estado y no consentir un clero oficial que un día bendijó el árbol de la libertad y al día siguiente ben-

dijo el puñal del César; debió transformar el ejército antiguo en nuevo ejército, capaz de renovar las glorias de Valmy é incapaces de renovar los crímenes de Brumario; debió despedir aquellas legiones de burócratas dispuestos á reconocer todos los poderes y servir á todas las tiranías; debió descentralizar la acción del poder, esa acción, que fiada como en tiempos de los reyes á una sola persona, dió de sí, por una fatalidad lógica, verdaderamente ineludible, la plaga del Imperio.

Y el Emperador era de una dinastía ilustre para los que sobreponen la razón de estado á la razón natural; la guerra al trabajo; las grandes naciones á los grandes ciudadanos; las conquistas de la fuerza á las pacíficas conquistas de la libertad. Y como perteneciente á esa dinastía, algo misterioso debía impulsarlo, el pecado de su origen, la significación de su nombre, á guerrear con toda Europa, enemiga un día de su casta, á guerrear con la Alemania de Leipzig, con la Rusia de Berecina, con la España de Bailén, con la Prusia y la Inglaterra de Waterloo. Por una de las mayores falsificaciones que recuerda la historia, el Emperador se llamaba á sí mismo la revolución, y á su Imperio la paz. El sofisma fué evidente desde el primer día, esa revolución ha sido la muerte de la democracia y de la libertad; esa paz ha sido la paz de Sebastopol, la paz de Solferino, la paz de China, la paz de Méjico, la paz de Mentana, la paz del Rhin. El cesarismo se habia engendrado en las cantinas, habia nacido en los cuarteles; era la sombra del pretoriano, enemigo implacable de la República; y á ese partido militar, que rasgó con sus bayonetas las leyes, tenia que darle á beber y á comer sangre y carne humana. Todas esas batallas son los festines con que paga el César á sus soldados, la orgía del dos de Diciembre.

La democracia alemana erró como la democracia francesa en 1848. Un error ¿qué digó un error? una vacilación siquiera, una duda en el instante de las revoluciones se

paga con largos y profundísimos dolores. Despues de haber proclamado los derechos fundamentales como un holocausto á la humanidad; la unidad alemana, como un holocausto á la patria, fió estas dos grandes ideas á la custodia del rey de Prusia. La federación republicana en todos los pueblos necesaria, es indispensable en el pueblo alemán. Mientras no la realicen serán los alemanes víctimas de dos dinastías poderosas y enemigas de los Hohenzollern y de los Hapsburgos. La cesión de la corona imperial á ese rey último de Prusia, corona jamás aceptada, porque era un don del pueblo y él sólo recibía coronas que fueran don de Dios; la cesión de esa corona entregó una tradición revolucionaria á los reyes. Y no hay cosa peor que entregar á los reyes tradiciones revolucionarias. Las emplean contra los mismos que se las han dado como los últimos Borbones volvieron contra los liberales el cetro forjado por la libertad. El rey de Prusia, el emperador de la democracia, apuntó contra la democracia sus cañones. A los votos respondió con balas. Y despues que hubo auxiliado á los príncipes feudales y al mismo imperio austriaco en la obra necesaria, firmó su propia humillación en Olmutz. Pero por lo mismo que allí quedó humillada, la dinastía prusiana quedó también allí representando la tradición de la gran patria, la tradición de la unidad alemana.

Mientras esta unidad se inspiró en pensamientos democráticos, y caminó hácia una federación liberal, no quiso representarla el rey de Prusia, más así, que vencida la democracia, la unidad alemana tenía forzosamente por medio la guerra, y por objeto la monarquía militar, el rey de Prusia recogió la bandera rasgada en Olmutz. De aquí la mezcla informe entre la conquista y la soberanía popular; de aquí las invocaciones al Sufragio universal y al derecho divino; de aquí el sofisma francés repitiéndose allende el Rhin para encubrir aspiraciones dinásticas, militares, autoritarias, conquistas enmascaradas